

**De cómo Feliciano San Feliz
quiso matar a sus vecinos**

Verónica García-Peña

© 2013 Texto: Verónica García-Peña

© 2014 Portada: Verónica García-Peña

© 2014 Portada: José Luis Ruiz Delgado

Todos los derechos reservados.

*A los Felicianos del mundo porque todos hemos tenido,
alguna vez, una familia Tormento en nuestras vidas.*

Capítulo 1: Los motivos

Hacía ya varios meses que Feliciano San Feliz, qué ironía de apellido teniendo en cuenta cómo se le presentaba la vida, pensaba en cómo matar a sus vecinos.

Desde que se mudó al número 25 de la calle Desamor, un nombre que ya debió de darle alguna pista sobre su futuro, todo había ido de mal en peor. Nada más pisar el adosado, allá por el mes de febrero del año anterior, su vida se había convertido en poco menos que un infierno. Y todo por ellos, por los vecinos del 23.

Si bien era cierto que sólo lo utilizaban en periodos vacacionales, eran residentes de temporada, los días estivales compartidos con ellos habían sido un auténtico valle de lágrimas. Los aborrecía.

Cuando él fue a visitar su nueva casa, hacía frío, mucho frío. Llovía, el cielo estaba encapotado y el sol apenas hizo acto de presencia. De hecho, incluso algún que otro copo de nieve también pudo ver durante la mudanza.

La urbanización, de nombre El Gozo, que resultó que El Infierno hubiera sido mejor alias, estaba a las afueras de la ciudad, una cualquiera, y no tenía demasiados vecinos. A Feliciano le pareció un lugar ideal para vivir en paz y armonía, tranquilidad y sosiego y así poder escribir, pues ésa era su profesión. Tenía que entregar varios manuscritos a finales de septiembre a la editorial para la que trabajaba y la paz que, aparentemente, se respiraba en ese lugar le invitó a formar parte de él.

Qué ingenuo puede llegar a ser uno cuando sólo ve lo que quiere ver y no pregunta. Pero ¿para qué hacerlo? Feliciano no vio más que un grupo de casas pegadas y solitarias en las que se sentía soledad.

La suya era la última vivienda de la fila y, por lo tanto, sólo tendría vecinos por uno de sus lados y, además, vecinos que sólo iban a usarla en vacaciones. Se le antojó un sueño, pues los *conurbanos* con los que hasta el momento había convivido siempre le habían resultado molestos con sus ruidos y sus voces. No le gustaban los refranes, pero con el tiempo comprendió que había mucha sabiduría en ellos y que, en concreto, había uno que le venía como anillo al dedo. Decía: «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer».

¡Qué razón tenía!

Él siempre había querido una casa solitaria con terreno alrededor y alejada lo más posible de curiosos, paseantes, parroquianos, vecinos y otros seres. Un lugar tranquilo donde trabajar y descansar, pero su economía todavía no se lo permitía. Llevaba ahorrando años para poder comprarse una vivienda así, no obstante aún debía esperar. Por eso, ese adosado era un primer paso hacia su anhelado descanso y silencio en semiretiro. Al menos eso creyó al principio, cuando lo visitó y decidió mudarse.

Tras tomar la decisión, se instaló como un niño con juguetes nuevos dispuesto a empezar una vida en calma que le proporcionara horas de sueño relajado y horas de trabajo fructuoso. Qué ganas tenía de escribir allí.

Cuando apenas llevaba un par de semanas en su nuevo nido, acomodándose y aclimatándose, los vecinos del adosado de al lado, el número 23, hicieron acto de presencia. No había vacaciones, puentes, acueductos o días de fiesta, los propicios para esas lides, por lo que aquella primera visita resultó particularmente curiosa.

Según supo Feliciano tiempo después, los vecinos fueron simplemente para saber quién era el individuo que había alquilado la casa de al lado. Querían conocerle para curiosarse cómo era y averiguar así si podía causarles algún problema.

¡Él que era el hombre más silencioso y calmado del mundo!

¿Cómo iba a causar ningún problema?

Con el tiempo se demostró que aquello había sido ridículo y hasta caricaturesco. Sobre todo teniendo en cuenta todo lo que vino después, que fue mucho.

Los vecinos eran la familia, llamémosla X, y estaba compuesta por el matrimonio de unos 40 años y dos hijos: un niño de 8 y una niña de 15. Hasta ahí, todo normal. Parecía la típica familia con monovolumen en la puerta, piso en una gran ciudad, que estaba a más de tres horas por autopista, todo hay que decirlo, y casa adosada de veraneo con piscina comunitaria en un lugar de interior, con clima seco y sol abundante. Sí. La urbanización, entre sus atractivos, contaba con una piscina comunitaria que a Feliciano se le antojó una maravilla para su dolorida espalda cansada de estar horas y horas delante del ordenador. Un regalo que, con el paso de las estaciones y las visitas de los vecinos, resultó ser el peor

presente del mundo. Después de un verano caluroso e intenso de compartirla con los colindantes y otros seres no tan cercanos, odiaba la piscina.

El caso es que la familia de al lado, que en ese primer fin de semana, cuando la conoció, parecía tan amable y dada a ayudar al prójimo, se convirtió con el tiempo y sus visitas estivales, sobre todo el largo y sufrido verano con sus dos meses completos de julio y agosto y parte de septiembre, en la familia Tormento. Ése sería su nombre para Feliciano y así hablaría de ellos, como una familia ruidosa, alborotadora y estridente hasta la extenuación.

Cada día de ese interminable verano que Feliciano se vio obligado a compartir con los Tormento, supo a cada instante cada uno de sus movimientos. Bien podía decirse que su maravilloso adosado no estaba tan bien aislado como él imaginaba y que, incluso en el ático, lugar que había escogido para montar su despacho por ser más cerrado e incomunicado que otras estancias de la vivienda, podía oír cada ruido, por insignificante que fuera, que nunca lo era, de esa odiosa familia.

Cada día supo a qué hora se levantaban, cuándo iban al baño o si se duchaban. Sobre este punto concreto dedicado a la limpieza y aseo diario que cualquier persona debería llevar, ya se hablará largo y tendido más adelante. Tan sólo avanzar que, al principio, Feliciano pensó que nunca se duchaban. Y cuando se dice nunca es nunca, pues el agua de las duchas de la casa de al lado jamás corría. Pero con el tiempo averiguó que la piscina y sus vestuarios tenían mucho que ver con el poco aseo cotidiano de la casta Tormento en su propia casa.

También oía cuándo bostezaban y, por supuesto, cuándo se tiraban una ventosidad o varias, o quizá lanzaban al viento, como maestros de opereta, melodías inacabadas, baladas sensibleras o atronadoras fugas. Y es que había miembros de la familia que parecían llevar una trompeta mal ajustada en el trasero y las sinfonías compuestas por éste eran estrepitosas y muy, pero que muy sonoras.

Feliciano San Feliz que, según iba pasando el verano, a punto estuvo de cambiarse el apellido por San Mártir, pues así se sentía, incluso sabía lo que cada día desayunaba, comía, merendaba y cenaba esa familia que había venido a amargarle la vida. Y es que un verano de dos meses y pico puede hacerse muy, muy, pero que muy largo y cuesta arriba con unos vecinos como éstos.

–¡Ay Señor! ¡Llévame pronto! –solía decirse Feliciano en voz baja mirando al cielo y clamando ayuda divina. Una ayuda que no llegaba nunca.

Feliciano conocía toda la alimentación de la estirpe Tormento porque era habitual que la madre del clan cocinase con todas las ventanas y puertas de la casa abiertas. Todas. Así, no sólo Feliciano sino casi todo el vecindario podía saber, y de hecho sabía, cuál era la exquisitez que ese día había estado preparando durante horas la mujer. Para Feliciano, sin duda, toda la comida que se olía desde esa casa, no siempre agradable, debía estar hecha al más puro estilo tradicional ya que la señora se pasaba toda la santa mañana cocinando. Y toda significa toda y absolutamente toda. Feliciano nunca llegó a entrar en esa cocina, ni ganas que tenía, pero sospechaba que allí no encontraría una olla a presión, una batidora o ese tipo de elementos que suelen hacer la vida más fácil a los cocineros y cocinillas. En esa casa, en el adosado número 23, a pesar de que la madre no era de edad avanzada, Feliciano estaba convencido de que se usaban los pucheros y cazuelas granates de la abuela.

En los 76 largos y luengos días de verano que compartió con los Tormento, también conoció sus más íntimos momentos ya que la familia se encargaba de compartirlos con él, aún en contra de su voluntad. Por ejemplo, se empapó de sus inclinaciones culinarias y de lo mal comedor que era el hijo menor cuyo nombre nunca llegó a pronunciar, pues era tan moderno que seguramente se lo habían copiado al hijo de algún futbolista casado con una modelo. También supo de la insoportable forma de hablar de la otra hija del matrimonio siempre chillando y gritando con voz de pito. Era imposible no oírla ya que su imponente deseo de ser siempre el centro de atención, gritando constantemente hasta hacerse oír en la Luna, se lo impedía. Además, esa niña era el mal personificado. Era como la hija adoptada en las películas de terror que a la larga se descubría que llevaba tatuado en algún lugar de su cuerpo el 666.

Un claro ejemplo de esa maleficencia que la envolvía era su comportamiento durante el tiempo de juego que compartía con sus compañeros de la urbanización: un grupo de unos 10 niños de otras familias tortura que también venían a veranear allí. Se metía con ellos, les quitaba los juguetes y les obligaba siempre a jugar a lo que ella quería. Pobre del desventurado que se atreviera a llevarle la contraria. Si eso ocurría, la niña Tormento se enfadaba y gritaba, lloraba, vociferaba, chillaba, berreaba, gruñía y entonces, se convertía en la pesadilla de ese niño que había osado ofenderla. El resto del día, la semana o incluso el mes entero si hacía falta, lo dedicaba a machacarle, humillarle y hacerle la vida imposible.

Con el tiempo que Feliciano San Feliz, ya casi San Mortificado, se vio obligado a compartir, muy a su pesar, con la familia Tormento, pudo comprobar de dónde le venía esa actitud de pandillera a esa horrible niña y es que, como se suele decir, «de casta le viene al galgo».

El clan Tormento actuaba en todas las actividades de su vida como si fuera un grupo de mafiosillos de polígono. Siempre andaban hablando de unos y de otros según con quien estuvieran ese día jugando una timba. Algo, por otro lado, muy habitual, demasiado para el gusto del pobre Feliciano. Hasta altas horas de la madrugada descuartizaban sin cuartel a aquel vecino que no fuera de su cuerda. A Feliciano nunca lo descuartizaron, pues vivía a su lado y por todos era sabido que las paredes oían, y mucho. Eso, el descuartizamiento, siempre ocurría en sus numerosas, exaltadas y escandalosas timbas diurnas y nocturnas.

Cada pocos días, Feliciano gozaba de la feliz experiencia de aprender juegos de cartas. A él, que nunca le atrajeron lo más mínimo esos juegos, le tocó esa china en el zapato. De hecho, consideraba esa diversión un mero entretenimiento de sus antepasados para pasar el rato cuando no se sabía leer y no había radio ni televisión. Ahora, con los millones de cosas con las que uno se podía entretener, como leer, pasear o ver una buena película, no entendía que esa gente, o mejor, gentuza, sólo jugara a las cartas. Todo el rato jugando a las dichas cartas. Todo el rato. No sabían hacer nada más.

Así, los juegos de cartas se convirtieron en compañeros de tardes y noches de Feliciano. Compañeros de horas y horas en los días en los que el verano por sus antojos meteorológicos, malditos antojos, no permitían ir a la familia Tormento a ocupar toda la santísima tarde el césped verde de la piscina que, por cierto, a finales de verano, ya no era verde.

Tute, mus, chinchón, brisca y la escoba fueron los juegos que Feliciano, sin querer, tuvo que aprender a jugar ya que los órdagos de los vecinos y sus amigos, el cante de las 40 o las 20 en copas, el 7 en oros y chinchón fueron palabras que empezaron a formar parte de su vocabulario, de sus pensamientos e incluso hubo noches, en las que soñó con ellas. No en vano, la familia Tormento invitaba a su casa a todo aquel que quisiera ir a visitarles y echarse unas cartas, a todos. No hacían excepciones y jugaban sin parar mientras bebían, gritaban y cantaban. Habían convertido su adosado en la sede del juego y la juerga de la urbanización. Un casino de Las Vegas, pero en cutre.

Durante esos días también supo de la ignorancia que los apretaba ya que nunca vio a nadie de esa familia con un libro, una revista o un triste periódico en la mano. Nada de nada. La cultura no existía en sus vidas. Sólo consumían la de mala producción como algunos programas telebasura del corazón a las cuatro de la tarde y a todo volumen que la abuela de la familia veía atenta y sin pestañear. Hay que aclarar que la abuela se incorporó al clan Tormento e incrementó los ruidos a eso de mediados de julio. Y esa falta de interés por la cultura, como no podía ser de otra manera, ya estaba arraigada en sus hijos. Un claro ejemplo que corroboraba las teorías de Feliciano sobre la ignorancia e inopia de la familia era escuchar a los niños en sus tardes de Trivial.

Si los padres jugaban a las cartas, los niños jugaban al Trivial, y la ignorancia ya campaba a sus anchas por las estrechas mentes de esos insoportables infantes. Tal era así que, en las noches más frías de verano, cuando estar en las calles que rodeaban la urbanización se les antojaba demasiado frescas, Feliciano podía comprobar que no se había equivocado al valorar en alza el analfabetismo del clan. Al final del estío, supo cuáles eran las preguntas que nunca, absolutamente nunca, a pesar de que se repetían en cada partida, los niños de la familia y sus amigos supieron responder.

¡Jamás!

Se marcharon al final del verano sin saber quién bautizó a Jesús, dónde estaban los Alpes y cuál era la capital de Francia. Triste, muy triste le pareció a Feliciano San Feliz.

Pero lo dicho hasta ahora no era lo peor porque, sin duda, lo que más molestaba e irritaba a Feliciano era que no le dejaran disfrutar, ni un poco, de sus dos jardines. Porque los adosados tenían dos jardines: uno al norte y otro al sur. A todas horas les oía preparar el desayuno, la comida, la merienda, la cena, y tomarlo en el jardín del sur, el preferido por todos. También por Feliciano al que le gustaba sentarse en él, en su tumbona, a leer un buen libro, a contemplar el paisaje y a soñar despierto con su casa aislada del mundo. Un sueño, por otra parte, al que cada vez recurría con más frecuencia.

Pero todo eso de relajarse en el jardín se acabó desde el primer día de verano en el que la familia Tormento puso sus pies en el adosado de al lado, en el número 23. Se acabó el jardín del sur y también el del norte porque cuando hacía mucho calor, ése era el elegido por el clan para salir por la noche. El pobre Feliciano se dio cuenta de que abrir las ventanas para que el fresco de la madrugada llenara la casa y el calor acumulado se esfumase, era una tarea difícil de llevar a cabo. Tan sólo con taponés en los oídos se

conseguía. Feliciano, a mediados de verano, se hizo con unos. Fue a la farmacia y los compró con tan mala suerte, que eran rosas. No los había de más colores. Él odiaba el rosa y desde que supo que era el color preferido de la niña de al lado, más.

Se acabó el jardín del sur, el del norte y también la piscina. Aquello sí que dolió a Feliciano. Él, que cuando llegó a la urbanización en febrero y alquiló su adosado, vio en ella un puro manantial de relax y distensión. Él, que la miraba cada día al pasar camino de la panadería como si fuera un espejismo. Él, que disfrutó como un niño pequeño el primer día que se pudo bañar en ella y los vecinos aún no habían llegado. Él...

Pero todo eso se acabó en cuanto la familia Tormento al completo se instaló en la urbanización para pasar sus vacaciones.

Se acabó en cuanto pusieron sus cuatro toallas, sus tres bolsos, sus dos colchonetas, sus dos flotadores, uno con forma de lancha y el otro de orca, y una tumbona para la abuela en el césped de la piscina. Allí, desde las cinco hasta las ocho y media de la tarde, estaban la madre y la abuela sentadas tostándose al sol mientras hablaban y criticaban con encarnizada razón, pues era por todos sabido que ellas siempre tenían razón, con otras madres y abuelas. Allí, las mismas horas, el padre alardeaba de su condición física, de su coche, de su casa, de sus hijos, de su equipo de fútbol y de cualquier otra cosa de la que él creía que podía vanagloriarse con otros padres de parecida índole.

¡Qué dolor de cabeza sólo de pensarlo!

Allí, todas esas horas, pasaban los niños Tormento con otros niños saltando sin parar en la piscina aún a riesgo de romperse la crisma, pero como nadie les miraba, daba igual lo que hicieran. Las madres, las abuelas y los padres estaban ocupados en otras cosas y no en cómo sus hijos saltaban al agua haciendo piruetas imposibles y doblándose como si fueran los contorsionistas de un circo. Brincaban salpicando a todo hijo de vecino que estuviera cerca. Merendaban sus bocadillos de salchichón o chorizo con los pies dentro de la piscina dejando que todos los restos del tentempié fueran cayendo sin rumbo y a la deriva por el agua, antes cristalina, de la querida y amada piscina de Feliciano. Allí, en ese espejismo y paraíso de relax que Feliciano había imaginado, los Tormento se convertían en los más abominables de los vecinos.

¡Cómo los odiaba!

El día que Feliciano decidió no volver a la piscina nunca más, sintió verdadera tirria y ojeriza por los Tormento. Ese día algo se quebró en su interior y un odio que desconocía en él afloró. Ese día se sintió como la presa de unos tiburones hambrientos. En medio de la piscina, sin poder nadar, fue rodeado por una manada de niños gritones, cuyo sentido de la afinidad aún no se había desarrollado, que jugaban al absurdo juego de no moverse. Tan sólo gritaban y vociferaban, y lo rodeaban como una jauría de perros rabiosos. Por un momento, Feliciano sintió incluso pánico, pues no veía escapatoria posible. Al final, con no poca dificultad, sorteando niños, flotadores, colchonetas y demás artilugios inventados para ocupar más espacio del necesario en la piscina, consiguió salir del agua. Se fue a su casa y decidió que únicamente iría a la piscina de noche, aunque sólo lo hizo una vez. Un día exageradamente caluroso en el que se dio cuenta de que el recinto no contaba con luces y que nadar totalmente a oscuras era muy peligroso. Se dio tantos golpes contra las paredes y las escaleras que ya no volvió más porque con los moratones de ese día tuvo bastante.

Así perdió Feliciano su jardín del sur, su jardín del norte y la piscina. Y con el paso de los días, poco a poco, comprendió que también había perdido cada rincón de su casa. En todos ellos, la familia Tormento tronaba y retumbaba con sus gritos y voces, con su ruido de sillas, banquetas y mesas. Feliciano creía que cada vez que desayunaban, comían o cenaban, movían las sillas y las mesas de toda la casa jugando a cambiarlas de sitio porque el ruido que hacían con ellas no podía tener otra explicación lógica y sensata.

¡Imposible!

Tan sólo en la cocina del adosado se podía encontrar cierta paz ya que era, junto con el ático, de las habitaciones más aisladas de la casa. Pero Feliciano no quería permanecer en la cocina encerrado. Él quería salir a su jardín sin necesidad de tener que aprender un nuevo juego de cartas. Quería dormir en su cama de la habitación con balcón al sur mientras veía la Luna crecer y decrecer. Y hacerlo sin que unos niños agitados e hiperactivos jugasen al Trivial prácticamente bajo su ventana a la par que berreaban y cantaban canciones modernas de artistas que únicamente serían escuchados esos dos meses de verano.

Feliciano quería, ansiaba, comer en su jardín sin que el olor de la comida de los de al lado le cambiara el sabor de la suya propia. Deseaba ver una buena película de vez en cuando sin necesidad de subir el volumen hasta que su butaca saltara por las vibraciones de las ondas sonoras del televisor. Y es que lo tenía que poner dando voces debido a que los

gritos de los niños o de los padres o de la abuela, igual daba, no le dejaban verlo a un volumen normal y razonable.

Quería sentir la oscuridad reinante en la noche y contemplar, cuando tocase, las lágrimas de San Lorenzo desde su tumbona en el jardín del sur sin que las luces de los vecinos, focos tipo faro de atalaya de los Fiordos, le inundaran la oscuridad de una luz penetrante y cegadora. A buen seguro, gracias a esa iluminación, en el resto de la ciudad, a pesar de estar alejada, tenían que estar convencidos de que allí había una macro discoteca o un circo ambulante, según se mire.

Eso es lo que Feliciano quería. Deseaba subir a su despacho en el ático y ponerse delante del ordenador a escribir sin oír a los niños haciendo carreras de bicicletas, a la abuela persiguiéndoles porque no habían desayunado bien o al padre hablando a grito pelado desde el balcón con otro vecino, de nombre Javier, con el que quería quedar esa tarde para echar una partidita de mus.

Toda esa actividad frenética e hiperactiva de la familia Tormento provocó que durante todo el verano no pudiera trabajar y se retrasara en la entrega de sus manuscritos. Hizo que la editorial, al leer lo entregado por Feliciano, se enfadara sobremanera y le amenazara con prescindir de sus servicios. Le explicaron que los escritos entregados poco o nada tenían que ver con lo solicitado y que, además, la calidad era más bien pobre, por lo que sólo le darían una oportunidad más. Para el año siguiente les entregaría una novela buena o de lo contrario, se quedaría sin su apoyo y dinero. Eso provocó en Feliciano un tic nervioso en la ceja derecha, otro en la comisura izquierda de su boca y un último en la oreja izquierda que desde entonces le acompañan, molestándole y haciéndole parecer un poco tonto cuando se pone nervioso. Eso también impulsó que creciera en su interior un auténtico aborrecimiento por los vecinos, por la familia Tormento al completo que con sus ruidos, gritos, olores y demás habían convertido su adosado, su urbanización, sus jardines, su piscina y en definitiva, su vida, en un valle de lágrimas.

—¡Ay Señor! ¡Llévame pronto! —seguía repitiendo Feliciano una y otra vez. Y otra vez.

Esos 76 largos días de verano fueron el infierno con mayúsculas. El infierno que Feliciano vivió y que le empujó sin remedio a tomar medidas drásticas. Si quería disfrutar de un estío tranquilo y en calma en el que poder terminar su libro, debía hacer algo. Por eso, durante los siguientes meses, pensó y caviló una solución a su terrible problema.

Cuando el siguiente 1 de julio, la familia Tormento al completo, abuela incluida, aparcó su monovolumen en la urbanización, Feliciano San Feliz se transformó en Feliciano San Vengador y puso en marcha su plan: acabar con los vecinos.

Los mataría.

Capítulo 2: Empieza el espectáculo

Durante el verano anterior, Feliciano San Feliz tuvo la desagradable oportunidad, para él lo era sin duda, de descubrir muchos secretos de la familia Tormento. Los vecinos del adosado 23 compartieron con él tantos detalles de su vida que, a veces, se sentía, muy a su pesar, como uno más de la familia. Seguramente, como el hijo olvidado e ignorado que todos saben que está ahí, pero al que nadie hace ningún caso.

Y tanto sabía de ellos que conocía sus hábitos alimenticios, incluido su amor por comer ciertos animales babosos y asquerosos, según el criterio culinario de Feliciano, que les encantaban: los caracoles.

Su jardín del sur, no tan cuidado como el del resto de los vecinos, era un lugar propicio para encontrar a puñados al rastrero animal. Tenía plantas salvajes y todo tipo de malas hierbas que a los caracoles encantaban. Tampoco era de extrañar que fuera en su jardín y no en el de los demás donde se concentraran los gasterópodos ya que las parcelas del sur del resto de vecinos eran todas igual de anodinas y sosas. Eran como campos de fútbol en miniatura con un perfecto césped que no se pisaba ni usaba. Sólo se podía utilizar el lado más pegado a la casa donde se había prescindido del tan cuidado prado y se había sustituido por baldosa o adoquín. En esas losetas era donde mejor sonaban las sillas de los Tormento. Se podía oír el roce de las patas con el pavimento desde kilómetros y kilómetros.

El caso es que no era del todo cierto que los vecinos no usaran el césped porque de vez en cuando, cada quince días a más tardar y casi siempre domingo a la hora de la siesta, todos los vecinos hacían algo en su nimia pradera. A las cuatro de la tarde, más o menos, todos, los Tormento incluidos, se ponían de acuerdo y, vestidos como si fueran a jugar al golf pero con sombrero de paja, sacaban a la vez su respectivo cortacésped eléctrico y lo ponían en marcha. Y de arriba a abajo, de abajo a arriba, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda e incluso algún osado que iba en diagonal, movían sus aparatos durante media tarde para que sus mini campos de fútbol quedaran impecables y listos para no ser usados.

A diferencia de todos esos jardines del sur, el de Feliciano era salvaje. En su día debió de tener césped, pero ahora era más bien como una campiña. A Feliciano le gustaba así porque le recordaba su infancia jugando en los campos de alrededor de la casa de su abuela. Le gustaba así y no pensaba cambiarlo, aunque alguna vez él también sacaba el cortacésped.

Aparato, por cierto, que debía de venir incluido con la casa cuando se compró ya que era igual al del resto de vecinos. Feliciano, esas veces que lo sacaba, sólo lo ponía en marcha. Lo hacía el lunes por la mañana o el martes. No lo pasaba por el césped, sólo lo dejaba encendido para fastidiar. Era como una pequeña venganza porque estaba harto de no poder echar la siesta los domingos.

El caso es que en ese jardín salvaje había muchísimos caracoles, pero muchos. En cambio, en el de la familia Tormento había más bien pocos por no decir casi ninguno. Aun así, cada mañana, la abuela Tormento, antes incluso de desayunar, se daba un paseo en camisión semitransparente, imagen que turbó tanto a Feliciano que a punto estuvo de lavarse los ojos con lejía, en busca de supreciado manjar. Esa mujer, de tamaño descomunal, comparable a una elefante encinta, no conocía las palabras decoro y pudor. Su camisión, a través del que se veía el tanga rosa con el que dormía, era buena prueba de ello.

Con muchísimo cuidado de no estropear el césped, casi levitando, la abuela buscaba y buscaba, y solía encontrar dos o tres caracoles a lo sumo, pero nunca más. Por eso, Feliciano decidió echarle una mano.

Lo tenía todo perfectamente pensado.

Durante las semanas anteriores a que la familia Tormento pusiera un pie en la urbanización El Gozo, Feliciano había estado recogiendo sin parar tan exquisito animal y guardándolo en una cesta de mimbre en la parte más alejada y recóndita de su jardín, protegida bajo una enorme sombrilla. En un rincón donde nadie podía verla, incluida la familia suplicio del adosado de al lado cuando, para su desgracia, pusieron sus garras en el vecindario. Y es que si algo se quería ocultar o no se deseaba que se difundiese, no era conveniente dejarlo en el jardín sin más o en lugares donde hubiera ventanas cerca porque la madre y la abuela Tormento tenían la inaudita habilidad de encontrarlo todo.

¡Todo!

Como si fueran mujeres jirafa, estiraban sus cuellos hasta límites insospechados y elevaban sus cabezas por encima de las vallas que separaban los jardines de unas y otras casas. Vallas no muy altas, todo hay que decirlo, y que si por Feliciano hubiera sido, las hubiera construido de cuatro o cinco metros; o quizá seis. En definitiva, de una altura suficiente como para no ver a los de al lado ni en pintura.